

los ponen al ojo, y los ve tan claramente, alumbrada por esta oscura luz de divina contemplación (aunque no es peor que antes para sí ni para Dios), como vió en sí lo que antes no veía, parecele que está tal, que, no solo no está para que Dios la vea, sino para que la aborrezca, y que ya la tiene aborrecida. De esta comparación podemos ahora entender muchas cosas acerca de lo que vamos diciendo y pensamos decir.

Lo primero, podemos entender cómo la misma luz y la sabiduría amorosa que se ha de unir y transformar al alma es la misma que al principio la purga y dispone, así como el mismo fuego que transforma en sí el madero, incorporándose en él, es el que primero lo estuvo disponiendo para el mismo efecto.

Lo segundo, echarémos de ver cómo estas penalidades no las siente el alma por parte de la divina Sabiduría; pues, como dice el Sabio: *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa*; Todos los bienes juntos le vinieron al alma con ella; sino de parte de la flaqueza y imperfección que tiene el alma para no poder recibir sin esta purgación la luz divina, suavidad y deleite (así como el madero, que no puede, luego que se aplica el fuego, ser transformado hasta que sea dispuesto), y por eso padece tanto. Lo cual también el Eclesiástico aprueba, diciendo lo que él padeció para venirse á unir con ella y gozarla, diciendo así: *Venter meus conturbatus est quaerendo illam: propterea bonam possidebo possessionem*; Mi ánima agonizó en ella, y mis entrañas se turbaron en adquirirla; por eso poseeré buena posesión.

Lo tercero, podemos sacar de aquí de camino la manera de penar de los del purgatorio; porque el fuego no tendría en ellos poder si ellos estuvieran dispuestos para reinar y unirse con Dios por gloria, y no tuviesen culpas por que padecer, que son la materia en que allí prende el fuego, la cual acabada, no hay más que arder; como aquí, acabadas las imperfecciones, se acaba el penar del alma, y queda el gozar, de la suerte que en esta vida se puede.

Lo cuarto, sacaremos de aquí cómo, al modo que se va purgando y purificando el alma por medio de este fuego de amor, se va más inflamando en él; así como el madero, al modo y paso que se va disponiendo, se va más calentando. Aunque esta inflamación de amor no siempre la siente el alma, sino algunas veces, cuando deja de embestir la contemplación tan fuertemente; porque entonces tiene lugar el alma de ver y aun de gozar la labor que se va haciendo, porque se la descubren, pareciendo que alzan mano de la obra y sacan el hierro de la hornaza, para que parezca en alguna manera la labor que se va haciendo, y entonces hay lugar para que el alma eche de ver en sí el bien que no veía cuando andaba la obra; así también, cuando deja de herir la llama en el madero, se da lugar para que se vea bien cuanto le haya inflamado.

Lo quinto, sacaremos también de esta comparación lo que arriba queda dicho, conviene á saber, cómo sea verdad que después de estos alivios vuelve el alma á

padecer más intensa y delgadamente que antes; porque, después de aquella muestra que se hace cuando ya se han purificado las imperfecciones más de afuera, vuelve el fuego de amor á herir en lo que está por purificar y consumir más adentro; en lo cual es más íntimo, sutil y espiritual el padecer del alma, cuanto le va adelgazando las más íntimas, delgadas y espirituales imperfecciones, y más arraigadas en lo de más adentro. Y esto acaece al modo que en el madero, que, cuanto el fuego va entrando más adentro, va con más fuerza y furor disponiéndole lo más interior para poseerlo.

Lo sexto, sacaremos que, aunque el alma se goza muy ahincadamente en estos intervalos (tanto, que, como dijimos, á veces le parece que no han de volver más los trabajos, aunque es cierto han de volver presto), no deja de sentir, si advierte (y á veces ella se hace advertir), una raíz que queda, que no deja tener el gozo cumplido, porque parece que está amenazando para volver á embestir, y cuando es así presto vuelve. En fin, aquello que está por purgar y ilustrar más adentro, no se puede encubrir bien al alma cerca de lo ya purificado, así como también en el madero lo que más adentro está por ilustrar, es bien sensible la diferencia que tiene de lo purgado, y cuando vuelve á embestir más adentro esta purificación, no hay que maravillar que le parezca al alma otra vez que todo el bien se le acabó, y que no piense volver más á los bienes, pues que, puesta en pasiones más interiores, todo el bien de afuera se le escondió; llevando pues delante de los ojos esta comparación, con la noticia que ya queda dada sobre el primer verso de la primera canción de esta oscura noche, y sus propiedades terribles, será bueno salir de estas cosas tristes del alma, y comenzar ya á tratar del fruto de sus lágrimas y de sus propiedades dichosas, que se comienzan á cantar desde este segundo verso.

CAPÍTULO XI.

Comiéntase á explicar el segundo verso de la primera canción; dice cómo el alma, por fruto de estos rigurosos aprietos, se halla con vehemente pasión de amor divino.

Con ansias en amores inflamada.

En este verso da á entender el alma el fuego de amor que habemos dicho que, á manera del fuego material en el madero, se va prendiendo en el alma en esta noche de contemplación penosa; la cual inflamación, aunque es en cierta manera como la que arriba declaráramos que pasaba en la parte sensitiva del alma, es en alguna manera tan diferente de aquella esta que ahora dice, como lo es el alma del cuerpo ó la parte espiritual de la sensitiva; porque esta es una inflamación de amor en el espíritu, en que en medio de estos oscuros aprietos se siente estar herida el alma viva y agudamente en fuerte amor divino, con cierto sentimiento y barrunto de Dios, aunque sin entender cosa particular; porque, como decimos, el entendimiento está á oscuras.

Siente aquí el espíritu apasionado en amor mucho,

porque esta inflamación espiritual hace pasión de amor; que, por cuanto este amor es infuso con especial modo, concurre el alma aquí más á lo pasivo, y así engendra en ella pasión fuerte de amor; y este amor va teniendo ya algo de la perfectísima unión con Dios; y así, participa algo de sus propiedades, las cuales son más principalmente acciones de Dios que de la misma alma recibidas en ella, dando sencilla y amorosamente su consentimiento, aunque el calor y fuerza, temple y pasión de amor ó inflamación, como aquí la llama el alma, solo el amor de Dios que se va uniendo con ella se le pega; el cual amor, tanto más lugar y disposición halla en el alma para unirse con ella y herirla, cuanto más cerrados, enajenados y inhabilitados le tiene todos los apetitos para poder gustar de cosa del cielo ni de la tierra; lo cual en esta oscura purgación, como ya queda dicho, acaece en gran manera, pues tiene Dios tan destetadas las potencias y tan recogidas, que no puedan gustar de cosa que ellas quieran. Todo lo cual hace Dios á fin de que, apartándolas todas y recogiendo para sí, tenga el alma más fortaleza y habilidad para recibir esta fuerte unión de amor de Dios que por este medio purgativo le comienza ya á dar, en que el alma ha de amar con todas sus fuerzas y apetitos espirituales y sensitivos, lo cual no podía ser si ellos se derramasen en gustar otra cosa; que por eso, para poder David recibir la fortaleza de amor de esta unión de Dios, le decía: *Fortitudinem meam ad te custodiam*; Mi fortaleza guardaré para tí; esto es, toda la habilidad y apetitos y fuerzas de mis potencias, no queriendo emplear su operación ni gusto fuera de tí en otra cosa.

Según esto, en alguna manera se podría considerar cuánta y cuán fuerte será esta inflamación de amor en el espíritu donde Dios tiene recogidas todas las fuerzas, potencias y apetitos del alma, así espirituales como sensitivos, para que toda esta armonía emplee todas sus virtudes y fuerzas en este amor, y así venga á cumplir de veras y con perfección con el primer precepto, que, no desechando nada del hombre ni excluyendo cosa suya de este amor, dice: *Amarás á tu Dios de todo tu corazón, de toda tu mente, de toda tu alma y de todas tus fuerzas: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.*

Recogidos pues aquí en esta inflamación de amor todos los apetitos y fuerzas del alma, estando ella herida y tocada según todos ellos, y apasionada, ¿cuáles podemos entender que serán los movimientos y aficiones de todas estas fuerzas y apetitos, viéndose inflamados y heridos de fuerte amor, y sin satisfacción de él, en oscuridad de él y duda, sin duda padeciendo más hambre cuanto más experimentan de Dios? Porque el toque de este amor y fuego divino, de tal manera seca el espíritu y le enciende tanto los afectos por satisfacer su sed, que da mil vueltas en sí, y desea de mil modos y maneras á Dios, con la codicia y deseo que David da muy bien á entender en su salmo, diciendo: *Sitivit in te anima mea: quàm multipliciter tibi caro mea*; Mi alma tuvo sed de tí, cuán de muchas maneras se ha mi

carne á tí, esto es, en deseos. Y otra translación dice: *Mi alma tuvo sed de tí, mi alma perece por tí.*

Esta es la causa por que dice el alma en el verso: «Con ansias en amores inflamada.» Porque en todas las cosas y pensamientos que en sí revuelve, y en todos los negocios y casos que se le ofrecen, ama de muchas maneras, y desea y padece el deseo también á este modo de muchas maneras en todos tiempos y lugares, no sosegando en cosa, sintiendo esta ansia inflamada y herida, según el santo Job lo da á entender, diciendo: *Sicut cervus desiderat umbram, et sicut mercenarius praestolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam, quando consurgam? Et rursum expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras*; Así como el ciervo desea la sombra y el mercenario desea el fin de su obra, así tuve yo los meses vacíos y conté las noches prolijas y trabajosas para mí. Si me recostare á dormir diré: ¿Cuándo me levantaré? Y luego esperaré la tarde y seré lleno de dolores hasta las tinieblas. Hácesele á esta alma todo angosto, no cabe en sí, no cabe en el cielo ni en la tierra, y llénase de dolores hasta las tinieblas que aquí dice Job, que hablando especialmente y á nuestro propósito, es un penar y padecer sin consuelo de esperanza cierta de alguna luz y bien espiritual; de donde su ansia y pena en esta inflamación de amor es mayor, por cuanto es multiplicada de dos partes: lo uno de parte de las tinieblas espirituales en que se ve, que con sus dudas y recelos la afligen; lo otro de parte del amor de Dios, que la inflama y estimula con su herida amorosa, y maravillosamente la atiza; las cuales dos maneras de padecer en semejante sazón da bien á entender Isaías, diciendo: *Anima mea desideravit te in nocte*; Mi alma te deseó en la noche, esto es, en la miseria. Y esta es la una manera de padecer de parte de esta noche oscura, pero con mi espíritu, dice, en mis entrañas hasta la mañana velaré á tí: *Sed et spiritu meo in praecordiis meis de mané vigilabo ad te.* Y esta es la segunda manera de padecer en deseo y ansia de parte del amor en las entrañas del espíritu, que son las aficiones espirituales; pero en medio de estas penas oscuras y amorosas, siente el alma cierta compañía y fuerza en su interior, que le acompaña y esfuerza tanto, que si se le acaba este peso de apretada tiniebla, muchas veces se siente sola, vacía y floja. Y la causa es entonces que, como la fuerza y eficacia del alma era pegada y comunicada pasivamente del fuego tenebroso de amor que en ella embestia, de ahí es que, cesando de embestir en ella, cesa la tiniebla y la fuerza y calor de amor en el alma.

CAPÍTULO XII.

Dice cómo esta horrible noche es purgatorio, y cómo en ella ilumina la divina Sabiduría á los hombres en el suelo, con la misma iluminación que purga y ilumina á los ángeles en el cielo.

De lo dicho echarémos de ver cómo esta oscura noche de fuego amoroso, así como á oscuras va purgando, así á oscuras va el alma inflamándose. Echarémos de

ver tambien que, así como se purgan los predestinados en la otra vida con fuego tenebroso y material, en esta vida se purgan y limpian con fuego amoroso, tenebroso y espiritual; porque esta es la diferencia, que allá se limpian con fuego y acá se limpian y iluminan con amor. El cual amor pidió David, cuando dijo: *Cor mundum crea in me, Deus, etc.* Porque la limpieza de corazón no es menos que el amor y gracia de Dios; que los limpios de corazón son llamados por nuestro Salvador bienaventurados; lo cual es decir tanto como enamorados, pues que bienaventuranza no se da por menos que amor.

Y que se purgue, iluminándose el alma con este fuego de sabiduría amorosa (porque nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde), muéstralo bien Jeremías, diciendo: *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudit me*; Envió fuego en mis huesos y enseñóme. Y David dice que la sabiduría de Dios es plata examinada en fuego purgativo de amor: *Eloquia Domini, Eloquia casta: argentum igne examinatum*. Porque esta oscura contemplación juntamente infunde en el alma amor y sabiduría á cada uno, según su necesidad y capacidad, alumbrando al alma y purgándola, como dice el Sabio, de sus ignorancias; y que así lo hizo con él: *Ignorantias meas illuminavit*.

De aquí tambien inferimos que purga estas almas y las ilumina la misma sabiduría de Dios, que purga los ángeles de sus ignorancias, derivándose de Dios por las jerarquías primeras hasta las postreras, y de ahí á los hombres. Que por eso todas las obras que hacen los ángeles y inspiraciones se dice con verdad y propiedad en la Escritura hacerlas Dios y hacerlas ellos; porque de ordinario las deriva por ellos, y ellos tambien de unos en otros sin alguna dilación; así como el rayo del sol comunicado de muchas vidrieras ordenadas entre sí; que, aunque es verdad que de suyo el rayo pasa por todas, todavía cada una le envía y infunde en la otra mas modificado, conforme al modo de aquella vidriera, algo mas abreviada y remisamente, según ella está mas ó menos cerca del sol. De donde se sigue que los superiores espíritus y los inferiores cuanto mas cercanos están de Dios, tanto están mas purgados y clarificados con mas general purgación, y que los postreros recibirán esta ilustración mas tenue y remota. De donde se sigue que siendo el hombre inferior á los ángeles, cuando Dios le quiere dar esta contemplación, la ha de recibir á su modo mas limitada y penosamente. Porque la luz de Dios, que al ángel ilumina, esclareciéndole y encendiéndole en amor, como á puro espíritu dispuesto para la tal infusión, al hombre, por ser impuro y flaco, regularmente le ilumina (como arriba queda dicho) en oscuridad, pena y aprieto (como hace el sol al ojo enfermo, que le alumbra afflictivamente) hasta que este mismo fuego de amor le espiritualice y sutilice, purificándole, para que con suavidad pueda recibir la unión de esta amorosa influencia á modo de los ángeles, ya purgado, como después diremos, mediante el Señor; porque almas hay que en esta vida recibieron mas perfecta iluminación que los ángeles. Pero en el entre tan-

to esta contemplación y noticia amorosa recíbelas en el aprieto y ansia amorosa que aquí decimos.

Esta inflamación y ansia de amor no siempre la anda el alma sintiendo; porque á los principios que comienza esta purgación espiritual, todo se le va á este divino fuego mas en enjugar y disponer la madera del alma que en calentarla; pero ya, cuando este fuego va calentando el alma, muy de ordinario siente esta inflamación y calor de amor. Aquí, como se va mas purgando el entendimiento por medio de esta tiniebla, acaece que algunas veces esta mística y amorosa teología, juntamente con inflamar la voluntad hiere tambien, ilustrando la otra potencia del entendimiento con alguna noticia y lumbré divina, tan sabrosa y divinamente, que, ayudada de ella la voluntad, se afervora maravillosamente, ardiendo en ella este divino fuego de amor en vivas llamas, de manera que ya al alma le parece vivo fuego con la viva inteligencia que se le da. Y de aquí es lo que dice David en un salmo: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis*; Calentóse mi corazón dentro de mí, y con tanto fuego, que yo entendía se encendía. Y este encendimiento de amor con unión de estas dos potencias, entendimiento y voluntad, es cosa de gran riqueza y deleite para el alma, porque es cierto que en esta oscuridad tiene ya principios de la perfección de la unión de amor que espera. Y así, á este toque de tan subido sentir y amor de Dios no se llega sino habiendo pasado muchos trabajos y gran parte de la purgación; mas para otros grados mas bajos que ordinariamente acaecen no es menester tanta purgación.

CAPITULO XIII.

De otros sabrosos efectos que obra en el alma esta oscura noche de contemplación.

Por este modo de inflamación podemos entender algunos de los sabrosos efectos que vaya obrando en el alma esta oscura noche de contemplación; porque algunas veces en medio de estas oscuridades es ilustrada el alma y luce la luz en las tinieblas, derivándose derechamente esta influencia mística al entendimiento, y participando algo la voluntad con una serenidad y sencillez tan delgada y deleitable al sentido del alma, que no se le puede poner nombre, unas veces en una manera de sentir de Dios, otras en otra. Algunas veces tambien hiere juntamente en la voluntad y prende él al amor subida, tierna y fuertemente; porque ya decimos que se unen algunas veces estas dos potencias, entendimiento y voluntad, cuanto se va mas purgando el entendimiento, tanto mas perfecta y delicadamente. Pero antes de llegar aquí, mas común es sentirse en la voluntad el toque de la inflamación que en el entendimiento el toque de la perfecta inteligencia.

Esta inflamación y sed de amor, por ser ya aquí del Espíritu Santo, es diferentísima de la otra que dijimos en la noche del sentido. Porque, aunque aquí el sentido tambien lleva su parte, porque no deja de participar del trabajo del espíritu, pero la raíz y el vivo de la

sed de amor siéntese en la parte superior del alma, esto es, en el espíritu, sintiendo y entendiendo de tal manera lo que siente, y la falta que le hace lo que desea, que todo el pensar del sentido, aunque sin comparación es mayor que en la primera noche sensitiva, no le tiene en nada, porque en el interior conoce una falta de un gran bien, que con nada se puede remediar.

Pero aquí conviene notar que, aunque á los principios, cuando comienza esta noche espiritual, no se siente esta inflamación de amor, por no haber obrado este fuego de amor, en lugar de eso, da desde luego Dios al alma un amor estimativo tan grande de Dios, que, como habemos dicho, todo lo mas que padece y siente en los trabajos de esta noche es ansia de pensar si tiene perdido á Dios y está dejada de él. Y así, siempre podemos decir que, desde el principio de esta noche va el alma tocada con ansias de amor, ahora de estimación, ahora tambien de inflamación. Y vese que la mayor pasión que siente entre estos trabajos es este recelo; porque, si entonces se pudiera certificar que no está todo perdido y acabado, sino que aquello que pasa es por mejor, como lo es, y que Dios no está enojado, no se le daría nada de todas aquellas penas, antes se holgaría sabiendo que de ello se sirve Dios. Porque es tan grande el amor de estimación que tiene á Dios, aun á oscuras, sin sentirle ella, que, no solo eso, sino que holgaría mucho de morir muchas veces por satisfacerle. Pero, cuando ya la llama ha inflamado al alma, juntamente con la estimación que ya tiene de Dios, suele cobrar tal fuerza y brio y tal ansia por Dios, comunicándose el calor de amor, que con grande osadía, sin mirar en cosa alguna ni tener respeto á nada, en la fuerza y embriaguez del amor, sin mirar mucho lo que hace, haría cosas extrañas y inusitadas por cualquier modo y manera que se le ofreciese, por poder encontrar con el que ama su ánima.

Esta es la causa por que á María Magdalena, con ser tan noble, no le hizo al caso la turba de hombres principales y no principales del convite que se hacía en casa del fariseo, como dice san Lucas, ni el mirar que no venía bien ni le parecía ir á llorar y derramar lágrimas entre los convidados, á trueque de (sin dilatar una hora, esperando otro tiempo y sazón) poder llegar ante aquel de quien estaba ya su alma herida y inflamada. Y esta es la embriaguez y osadía de amor, que, con saber que su Amado estaba encerrado en el sepulcro, con una grande piedra sellado, y cercado de soldados que le guardaban, no le dió lugar para que alguna de estas cosas se le pusiese delante para dejar de ir antes del día con los ungüentos á ungirle. Y finalmente, esta embriaguez y ansia de amor le hizo preguntar al que, creyendo que era hortelano y le había hurtado del sepulcro, que le dijese, si le había él tomado, dónde le había puesto, para que ella lo tomase: *Si tu sustulisti eum, dicito mihi ubi posuisti eum? Et ego eum tollam*. No mirando que aquella pregunta en libre juicio y razón no era tan prudente, pues que está claro que si el otro le había hurtado, no se lo había de decir, ni menos se lo había

E. XVI-1.

de dejar tomar; porque esto tiene la vehemencia y fuerza del amor, que todo le parece posible, y todos le parece que andan en lo mismo que anda él; porque no cree que hay otra cosa en que nadie se deje emplear ni buscar otra, sino á quien ella busca y á quien ella ama; pareciéndole que no hay qué querer ni en qué se emplear sino en aquello. Que por eso, cuando la Esposa salió á buscar á su Amado por las plazas y arrabales, creyendo que los demás andaban en lo mismo, les dijo que si lo hallasen, le dijese de ella que penaba por su amor. Tal era la fuerza del amor de esta María, que le pareció que si el hortelano le dijera dónde le había escondido, fuera ella y le tomara aunque mas le fuera defendido. A este tallo pues son las ansias de amor que va sintiendo esta alma cuando va ya aprovechada en esta espiritual purgación. Porque de noche se levanta (esto es, en estas tinieblas purgativas) según las aficiones de la voluntad. Y con las ansias y fuerzas que la leona ó osa va á buscar sus cachorros cuando se los han quitado, y no los halla, anda esta herida alma á buscar á su Dios. Porque, como está en tinieblas, siéntese sin él, estando muriendo de amor por él. Y este es el amor impaciente, en que no puede durar mucho el sugeto sin recibir ó morir, según el que tenía Raquel á los hijos cuando dijo á Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar*; Dame hijos; si no, moriré.

Pero es aquí de ver cómo el alma, sintiéndose tan miserable y tan indigna de Dios como se siente en estas tinieblas purgativas, tenga tan osada y atrevida fuerza para irse á juntar con Dios. La causa es que, como ya el amor le va dando fuerzas con que ame de veras, y la propiedad del amor sea querer unir, juntar y igualar y asimilar á la cosa amada para perfeccionarse en el bien de amor, de aquí es que, no estando esta alma perfeccionada en amor por no haber llegado á la unión, la hambre y sed que tiene de lo que le falta, que es la unión y las fuerzas, que ya el amor ha puesto en la voluntad con que la ha apasionado, la haga ser osada y atrevida según la voluntad inflamada, aunque según el entendimiento, por estar á oscuras, se siente indigna y miserable.

No quiero dejar de decir aquí la causa por que, pues esta luz divina es siempre luz para el alma, no la da luego que embiste en ella, como lo hace después; antes le causa las tinieblas y trabajos que habemos dicho. Algo estaba ya dicho; pero á este particular se responde que las tinieblas y los demás males que el alma siente cuando esta divina luz embiste, no son tinieblas ni males de la luz, sino de la misma alma, y la luz la alumbra para que las vea. De donde desde luego le da luz esta luz divina, pero con ella no puede ver el alma primero sino lo que tiene mas cerca de sí, ó por mejor decir, en sí, que son sus tinieblas ó miserias, las cuales ve ya por la misericordia de Dios, y antes no las veía, porque no daba en ella esta luz sobrenatural. Y esta es la causa por que al principio no siente sino tinieblas y males. Mas después de purgada por el conocimiento y sentimiento de ellos, tendrá ojos para que se le muestren

los bienes de esta luz divina; y expelidas y quitadas todas estas tinieblas y imperfecciones del alma, ya parece que se van conociendo los provechos y bienes grandes que va consiguiendo el alma en esta dichosa noche.

Por lo dicho queda entendido cómo Dios hace mercedes aquí al alma de limpiarla con esta fuerte lejía y amarga purga, según la parte sensitiva y espiritual de todas las aficiones y hábitos imperfectos que en sí tenía acerca de lo temporal y de lo natural, sensitivo y espiritual, escureciéndole las potencias interiores, y vaciándoselas acerca de todo esto, y apretándole y enjugándole las aficiones sensitivas y espirituales, y debilitándole y adelgazándole las fuerzas naturales del ánima acerca de todo ello (lo cual nunca el alma por sí misma pudiera conseguir, como luego diremos), haciéndola Dios desfallecer en esta manera á todo lo que no es Dios, para ir la vistiendo de nuevo, desnudada y desollada ya ella de su antigua piel; y así, se le renueva, como al águila, su juventud, quedando vestida del nuevo hombre, que es criado, como dice el Apóstol, según Dios: *Et induit novum hominem, qui secundum Deum creatus est*. Lo cual no es otra cosa sino alumbrarle el entendimiento con lumbré sobrenatural, de manera que el entendimiento humano se haga divino, unido con el divino. Y ni más ni menos inflámale la voluntad con amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la divina voluntad y amor, y la memoria ni más ni menos, y también las aficiones y apetitos todos mudados según Dios divinamente; y así, esta alma será ya alma del cielo, celestial y más divina que humana. Todo lo cual, según se habrá echado de ver bien por lo que habemos dicho, va Dios haciendo y obrando en ella por medio de esta noche, ilustrándola y inflamándola divinamente con ansias de solo Dios, y no de otra cosa alguna. Por lo cual muy justa y razonablemente añade luego el alma el tercer verso de la canción, que, con los demás de ella, pondremos y explicaremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

En que se ponen y explican los tres versos últimos de la primera canción.

*¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.*

La dichosa ventura que el alma canta en el primero de estos tres versos, fué por lo que dice en los dos que se le siguen, donde toma la metáfora del que, por hacer mejor su hecho, sale de su casa de noche y á escuras, sosegados ya los de la casa, porque ninguno se lo estorbe. Que, como esta alma había de salir á hacer un hecho tan heróico y tan raro, que era unirse con su Amado divino, sale afuera, porque el Amado no se halla sino solo afuera, en la soledad; y por eso la Esposa le deseaba hallar solo, diciendo: *Quis mihi det se fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et*

deosculer te? etc.; ¿Quién te me diese, hermano mío que te hallase yo afuera y comunicase contigo mi amor? Conveníale al alma enamorada, para conseguir su fin deseado, hacerlo también así, que saliese de noche, adormidos y sosegados todos los domésticos de su casa; esto es, las operaciones bajas, pasiones y apetitos de su alma, apagados y adormidos por medio de esta noche, que son la gente de casa, que, recordada siempre, estorba al alma estos sus bienes, enemiga de que salga libre de ellos; porque estos son los domésticos que dice nuestro Salvador en el sagrado Evangelio que son los enemigos del hombre: *Et inimici hominis domestici ejus*. Y así, convenia que las operaciones de estos con sus movimientos estuviesen dormidos en esta noche, para que no impidan al alma los bienes sobrenaturales de la unión de amor de Dios, porque durante la viveza y operación de estos no puede alcanzarse. Que toda su obra y movimiento antes estorba que ayuda á recibir los bienes espirituales de la unión de amor. Por cuanto queda corta toda habilidad natural acerca de los bienes sobrenaturales, que Dios por sola infusión suya pone en el alma pasiva y secretamente y en silencio; y así, es menester que le tengan todas las potencias para recibirle, no entremetiéndose allí su baja obra y vil inclinación.

Pero fué dichosa ventura para esta alma que Dios en esta noche le adormeciese toda la gente de su casa; esto es, todas las potencias, pasiones, aficiones y apetitos que viven en el alma sensitiva y espiritual, para que ella llegase á la unión espiritual de perfecto amor de Dios, «Sin ser notada;» esto es, sin ser impedida de ellas, por quedar adormecidas y mortificadas en esta noche, como está dicho. ¡Oh cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad! No lo puede bien entender sino fuere, á mi ver, el alma que ha gustado de ello; porque verá claro cuán misera servidumbre era la que tenía, y á cuántas miserias estaba sujeta cuando lo estaba al sabor de sus pasiones y apetitos, y conocerá cómo la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables, de los cuales iremos notando algunos en las siguientes canciones, en que se verá más claro cuánta razón tenga el alma de contar por dichosa ventura el tránsito de esta horrenda noche.

CAPITULO XV.

Pónese la segunda canción y su declaración.

*A escuras y segura,
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A escuras y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.*

Va el alma cantando en esta canción todavía algunas propiedades de la escuridad de esta noche, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas. Dícelas, respondiendo á cierta objeción tácita, advirtiéndole que no se piense que por haber en esta noche y escuridad pasado por tantas tormentas de angustias, dudas, recelos y

horrores como se ha dicho, corría por eso más peligro de perderse; antes en la escuridad de esta noche se ganó, porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que le impedían siempre el paso, porque en la escuridad de la noche iba mudado el traje y disfrazada con tres libreas ó colores que después diremos, y por una escala muy secreta, que ninguno de casa lo sabía (que, como también en su lugar notaremos, es la viva fe), salió tan encubierta y en celada, para poder bien hacer su hecho, que no podía dejar de ir muy segura, mayormente estando ya en esta noche purgativa los apetitos, aficiones y pasiones de su ánima adormidos, mortificados y apagados, que son los que, estando despiertos y vivos, no se lo consintieran.

CAPITULO XVI.

Pónese el primer verso, y explicase cómo yendo el alma á escuras, va segura.

A escuras y segura.

La escuridad que aquí dice el alma, ya habemos dicho que es acerca de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, que todas se escurecen de su natural lumbré en esta noche, para que, purgándose acerca de ella, puedan ser ilustradas con la sobrenatural, porque los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados, sin poder gustar sabrosamente de cosa ni divina ni humana; las aficiones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover á ella ni hallar arrimo en nada; la imaginación atada, sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria acabada, el entendimiento entenebrecido; y de aquí también la voluntad seca y apretada, y todas las potencias vacías, y sobre todo esto, una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y como ajena de Dios. De esta manera á escuras dice que iba segura. La causa de esto está bien declarada, porque ordinariamente el alma nunca yerra sino por sus apetitos ó sus gustos, ó sus discursos ó sus inteligencias ó sus aficiones, en las cuales de ordinario excede ó falta, ó varía ó desatina, y de ahí se inclina á lo que no conviene. De donde, impedidas todas estas operaciones y movimientos, está claro que queda el alma segura de errar en ellos; porque, no solo se libra de sí, sino también de los otros enemigos, que son mundo y demonio; los cuales, apagadas las aficiones y operaciones del alma, no le pueden hacer guerra por otra parte ni de otra manera.

De aquí se sigue que, cuanto el alma va más á escuras y vacía de sus operaciones naturales, tanto va más segura. Porque, como dice el Profeta: *Perditio tua Israel: tantummodo in me auxilium tuum*; La perdición al alma tan solamente le viene de sí misma (esto es, de sus operaciones y apetitos interiores y sensitivos no concertados), y el bien, dice Dios, solamente de mí. Por tanto, impedida ella así de sus males, resta que le vengán luego los bienes de la unión con Dios en sus apetitos y potencias, que las hará divinas y celestiales. De donde en el tiempo de estas tinieblas, si el alma mira

en ello, echará de ver muy bien cuán poco se le divierte el apetito y las potencias á cosas inútiles y vanas, y qué segura está de vanagloria y soberbia y presunción, vano y falso gozo, y de otras muchas cosas. Luego bien se sigue que por ir á escuras, no solo no va perdida, sino aun muy ganada, pues aquí va ganando las virtudes.

Pero á la duda que de aquí nace luego, conviene á saber, que, pues las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la ganan y aseguran, ¿por qué en esta noche le escurece Dios los apetitos y potencias también acerca de estas cosas buenas, de manera que tampoco pueda gozar de ellas ni tratarlas como las demás, y aun en alguna manera menos? Respóndese que entonces la conviene mucho el vacío de su operación y gusto, aun acerca de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos bajos y impuros; y así, aunque se les diese sabor y trato de las cosas sobrenaturales y divinas á estas potencias, no le podrían recibir sino bajamente; porque, como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe está en el recipiente al modo que la recibe; de donde, porque estas naturales potencias no tienen pureza ni fuerza ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales al modo de ellas, que es divino, sino el suyo, conviene que sean también escurecidas acerca de esto divino para perfecta purgación; porque, destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel bajo modo de obrar y recibir, y así vengán á quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma para poder recibir, sentir y gustar lo divino alta y subidamente; lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo. De aquí es que todo lo espiritual, si de arriba no viene comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrío y apetito humano, aunque más se ejercite el gusto y apetito del hombre y sus potencias con Dios, y por mucho que les parezca gustar de él, no le gustan en esta manera divina y perfectamente. Acerca de lo cual (si este fuera lugar de ello) pudiéramos declarar aquí cómo hay muchas personas que tienen muchos gustos y aficiones y operaciones de sus potencias acerca de Dios y de cosas espirituales, y por ventura pensarán ellos que aquello es sobrenatural y espiritual, no siendo quizá más que actos y apetitos muy naturales y humanos, que, como los tienen de las demás cosas, los tienen con el mismo temple de aquellas cosas buenas por cierta facilidad natural que tienen en mover el apetito y potencias á cualquier cosa. Si por ventura tuviéramos ocasión en lo restante, lo trataríamos, diciendo algunas señales de cuando los movimientos y acciones interiores del alma sean solo naturales, y cuando solo espirituales, y cuando espirituales y naturales acerca del trato con Dios. Basta aquí saber que para que los actos y movimientos interiores del alma puedan venir á ser movidos por Dios alta y divinamente, primero han de ser adormidos y escurecidos y sosegados en lo natural acerca de toda su habilidad y operación, hasta que desfallezcan.

Oh pues, alma espiritual, cuando vieres escurecido

tu apetito, tus aficiones secas, y apretadas y inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso; antes lo ten á buena dicha, pues que te va Dios librando de tí misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente, á causa de la impureza y torpeza de ellas, como ahora, que, tomando Dios la mano, te guía á oscuras, como á ciego, adonde y por donde tú no sabes, ni jamás por tus ojos y piés, por bien que anduvieras, atinaras á caminar.

La causa también por que el alma, no solo va segura cuando así va á oscuras, sino aun se va mas ganando y aprovechando, es porque comunmente cuando el alma va recibiendo mejoría de nuevo y aprovechando es por donde ella menos entiende, antes muy ordinario piensa que se va perdiendo. Porque, como ella nunca ha experimentado aquella novedad, que la hace deslumbrar y desatinar de su primer modo de proceder, antes piensa que se va perdiendo que acertando y ganando, como ve que se pierde acerca de lo que sabía y gustaba, y se va por donde no sabe ni gusta. Así como el caminante que para ir á nuevas tierras no sabidas va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados, por el dicho de otro, y no por lo que él se sabía, que claro está no podría venir á nuevas tierras sino por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabía; así, de la misma manera el alma, cuando va mas aprovechando, va á oscuras y no sabiendo. Por tanto, siendo, como hemos dicho, Dios el maestro de este ciego del alma, bien puede ella, ya que lo ha venido á entender, con verdad alegrarse y decir: «A oscuras y segura.» Otra causa también hay por que en estas tinieblas ha ido el alma segura, y es porque ha ido padeciendo, que el camino de padecer es mas seguro y aun mas provechoso que el de gozar y hacer. Lo uno, porque en el padecer se le añaden fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas y imperfecciones; y lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes, y purificando el alma y haciéndola mas sabia y cauta.

Pero aquí hay otra mas principal causa por que yendo el alma á oscuras va segura, y es de parte de la dicha luz ó sabiduría oscura; porque de tal manera la absorbe y embebe en sí esta oscura noche de contemplación, y la pone tan cerca de Dios, que la ampara y libra de todo lo que no es Dios; porque, como está aquí puesta en cura el alma, para que consiga su salud, que es el mismo Dios, tiénela su Majestad en dieta y abstinencia de todas las cosas, estragado el apetito para todas ellas; bien así como para que sane el enfermo que en su casa está estimado, le tienen tan adentro guardado, que no le dejan tocar del aire ni gozar de la luz, ni que sienta las pisadas ni aun el rumor de los de la casa, y la comida muy delicada y muy por tasa, de sustancia mas que de sabor.

Todas estas propiedades, que todas son de seguridad y guarda del alma, causa en ella esta oscura contem-

plación, porque ella está puesta mas acerca de Dios; que á la verdad, cuanto el alma mas á él se acerca, mas oscuras tinieblas siente y mas profunda oscuridad por su flaqueza; así como el que mas cerca del sol llegase, mas tinieblas y pena le causaría su grande resplandor, por la flaqueza, impureza y cortedad de sus ojos; de donde, tan inmensa es la luz espiritual de Dios, y tanto excede al entendimiento, que cuando llega mas cerca le ciega y oscurece. Y esta es la causa por que dice David que puso Dios por su escondrijo, y cubierto las tinieblas, y su tabernáculo en rededor de sí, tenebrosa agua en las nubes del aire: *Et posuit tenebras latibulum suum in circuitu ejus tabernaculum ejus: tenebrosa aqua in nubibus aeris*. La cual agua tenebrosa en las nubes del aire es la oscura contemplación y sabiduría divina en las almas, como vamos diciendo; lo cual ellas van sintiendo como cosa que está cerca del tabernáculo, donde él mora, cuando Dios las va juntando mas á sí. Y así, lo que en Dios es luz y claridad mas alta, es para el hombre tinieblas oscuras (como dice san Pablo), según lo declara el real profeta David en el mismo salmo, diciendo: *Præ fulgore in conspectu ejus nubes transierunt*; Por causa del resplandor que está en su presencia salieron nubes y cataratas, conviene á saber, para el entendimiento natural, cuya luz, como dice Isaías, *Obtenebrata est in caligine ejus*. ¡Oh miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanta dificultad la verdad se conoce! Pues lo mas claro y verdadero nos es mas oscuro y dudoso, y por eso huimos de ello, siendo lo que mas nos conviene; y lo que mas luce y llena nuestros ojos lo abrazamos y damos tras de ello, siendo lo que peor nos está y lo que á cada paso nos hace dar de ojos. ¡En cuánto temor y peligro vive el hombre, pues la misma lumbré de sus ojos natural, con que se guía, es la primera que le encandila y engaña para ir á Dios! ¡Y que si ha de acertar á ver por dónde va tenga necesidad de llevar cerrados los ojos y ir á oscuras, para ir segura de los enemigos domésticos de su casa, que son sus sentidos y potencias! Bien está pues aquí el alma escondida y amparada en esta agua tenebrosa, que está cerca de Dios; porque, así como al mismo Dios sirve de tabernáculo y morada, le servirá de otro tanto á ella y de amparo perfecto y seguridad, aunque en tinieblas, donde está escondida y amparada de sí misma y de todos los demás daños de criaturas, como habemos dicho; porque de las tales también se entiende lo que dice David en otro salmo: *Abscondes eos in abscondito faciei tuæ à conturbatione hominum: proteges eos in tabernaculo tuo à contradictione linguarum*; Esconderlos has en el escondrijo de tu rostro de la turbación de los hombres; ampararlos has en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas. En lo cual se entiende toda manera de amparo; porque estar escondidos en el rostro de Dios de la turbación de los hombres es estar fortalecidos con esta oscura contemplación contra todas las ocasiones que de parte de los hombres les pueden sobrevenir, y estar amparados en su tabernáculo de la contra-

dicción de las lenguas es estar el alma engolfada en esta agua tenebrosa, que es el tabernáculo que habemos dicho de David. De donde, por tener el alma todos los apetitos y aficiones destelados y las potencias oscurecidas, está libre de todas las imperfecciones que contradicen al espíritu, así de su misma carne como de las demás criaturas; de donde esta alma bien puede decir que va «á oscuras y segura».

Hay también otra causa, no menos eficaz que la pasada, para acabar bien de entender que esta alma va bien, aunque á oscuras, y es por la fortaleza que desde luego esta oscura, penosa y tenebrosa agua de Dios pone en el alma; que al fin, aunque es tenebrosa, es agua, y por eso no ha de dejar de refecionar y fortalecer al alma en lo que mas le conviene, aunque á oscuras y penosamente. Porque desde luego ve el alma en sí una verdadera determinación y eficacia de no hacer cosa que entienda ser ofensa de Dios, ni dejar de hacer lo que le parece cosa de su servicio; porque aquel amor oscuro se le pega con un muy vigilante cuidado y solicitud interior de lo que hará ó dejará de hacer por él, para contentarle, mirando y dando mil vueltas si ha sido causa de enojarle; y todo esto con mucho mas cuidado y solicitud que antes, como arriba queda dicho en lo de las ansias de amor. Porque aquí todos los apetitos y fuerzas y potencias del alma, como están recogidas de todas las demás cosas, emplean su conato y fuerza solo en obsequio de su Dios. De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas criadas á la dulce y deleitosa unión de amor de Dios, «á oscuras y segura».

CAPITULO XVII.

Pónese el segundo verso, y explicase cómo esta oscura contemplación sea secreta.

Por la secreta escala disfrazada.

Tres propiedades conviene declarar acerca de tres vocablos que contiene el presente verso. Las dos, que son *secreta* y *escala*, pertenecen á la noche oscura de contemplación, que vamos tratando; pero la tercera, que es *disfrazada*, toca en el modo que lleva el alma en esta noche. Cuanto á lo primero, es de saber que el alma llama aquí en este verso á esta oscura contemplación, por donde ella va saliendo á la unión de amor, «secreta escala», por dos propiedades que hay en ella, las cuales iremos declarando. Primeramente llama secreta á esta contemplación tenebrosa; por cuanto, según habemos tocado arriba, esta es la teología mística, que llaman los teólogos sabiduría secreta, la cual dice santo Tomás que se comunica y infunde en el alma mas particularmente por amor; y esto acaece secretamente á oscuras de la obra natural del entendimiento y de las demás potencias. De donde, por cuanto las dichas potencias no lo alcanzan, sino que el Espíritu Santo la infunde en el alma, como dice la Esposa en los *Cantares*, sin entender ella cómo sea, se llama secreta. Y á la verdad, no solo ella no lo entiende, pero nadie, ni el mismo demonio, por cuanto el maestro que la enseña está den-

tro del alma sustancialmente; y no solo por eso se puede llamar secreta, sino también por los efectos que causa en el alma; porque, no solamente en las tinieblas y aprietos de la purgación, cuando esta sabiduría secreta purga el alma, es secreta para no saber decir de ella el alma nada, mas también después en la iluminación, cuando mas á las claras se le comunica esta sabiduría, le es al alma tan secreta para discernir y ponerle nombre para decirlo, que, demás que ninguna gana le da al alma de decirlo, no halla modo ni manera ni símil que le cuadre, para poder significar inteligencia tan subida y sentimiento espiritual tan delicado y infuso. Y así, aunque mas gana tuviese de decirlo, y mas significaciones trujese, siempre se quedaria secreta; porque, como aquella sabiduría interior es tan sencilla, tan general y espiritual, que no entró al entendimiento envuelta ni paliada con alguna especie ó imagen sujeta al sentido, según algunas veces sucede, de aquí es que el sentido y imaginativa, cuando no entró por ellas ni sintió su traje y color, no saben dar razón ni imaginarla de manera que puedan decir bien algo de ella, aunque claramente ve el alma que entiende y gusta aquella sabrosa y peregrina sabiduría; bien así como el que viese una cosa nunca vista, cuyo semejante tampoco nunca vió, que, aunque la entendiese y gustase, no la sabría poner nombre ni decir lo que es, aunque mas hiciese, y esto con ser cosa que la percibió por los sentidos. ¿Cuánto menos pues se podrá manifestar lo que no entró por ellos? Que esto tiene el lenguaje de Dios, que cuando es muy íntimo, infuso y espiritual, que excede todo sentido, luego hace cesar y enmudecer toda la armonía y habilidad de los sentidos exteriores e interiores; de lo cual tenemos autoridades y ejemplos juntamente en la divina Escritura. Porque la cortedad del manifestarlo y hablarlo exteriormente mostró Jeremías cuando, habiendo hablado Dios con él, no supo qué decir, sino ah, ah, ah; y la cortedad del interior, esto es, del sentido interior de la imaginación, y juntamente la del exterior acerca de esto, también la manifestó Moisés delante de Dios en la zarza, cuando, no solamente dijo á Dios que después que hablaba con él no sabía ni acertaba á hablar, pero ni aun, según se dice en los *Actos de los apóstoles*, se atrevía á considerar, pareciéndole que la imaginación estaba muy léjos y muda: *Tremefactus autem Moyses non audebat considerare*. Que, como la sabiduría de esta contemplación es lenguaje de Dios al alma de puro espíritu, como no lo son los sentidos, no lo perciben; y así, les es secreto y no lo saben ni pueden decir.

De donde podemos sacar la causa por que algunas personas que van por este camino, que por tener almas buenas y temerosas querrian dar cuenta á quien las rige de lo que tienen, y no saben ni pueden; y así, tienen en decirlo grande repugnancia, mayormente cuando la contemplación es algo mas sencilla, que la misma alma apenas la siente, que solo saben decir que el alma está satisfecha y quieta ó contenta, y decir que sienten á Dios y que les va bien á su parecer; mas no

hay decir lo que el alma tiene, sino por términos generales semejantes á los dichos. Otra cosa es, cuando las cosas que el alma tiene son particulares, como visiones, sentimientos, etc.; las cuales, como ordinariamente se reciben debajo de alguna especie que participa el sentido, que entonces debajo de aquella especie se puede, ó de otra semejanza, decir. Pero este poderlo decir, ya no es en razón de pura contemplación, porque esta apenas se puede decir, y por eso se llama secreta.

Y no solo por eso se llama y es secreta, sino también porque esta sabiduría mística tiene propiedad de esconder al alma en sí; que, demás de lo ordinario, algunas veces de tal manera absorbe al alma y la sume en su abismo secreto, que ella echa de ver claramente que está puesta dejadísima y remotísima de toda criatura; de suerte que le parece que la colocan en una profunda y anchísima soledad, donde no puede llegar alguna humana criatura, como un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin, tanto más deleitoso, sabroso y amoroso, cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta, cuanto se ve levantada sobre toda temporal criatura. Y tanto levanta y engrandece entonces este abismo de sabiduría al alma, metiéndola en las venas de la ciencia de amor, que la hace conocer, no solamente que va muy baja toda condición de criatura acerca de este supremo saber y sentir divino, sino también echa de ver cuán bajos y cortos y en alguna manera impropios son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas divinas, y que no es posible por vía y modo natural, aunque más alta y sabiamente se hable en ellas, poder conocer y sentir de ellas como ellas son, sino con la iluminación de esta mística teología. Y así, viendo el alma en la iluminación de ella esta verdad, de que no se puede alcanzar ni menos declarar con términos humanos ni vulgares, con razón llámala secreta.

Esta propiedad de ser secreta y sobre la capacidad natural esta divina contemplación, tiénela, no solo por ser cosa sobrenatural, sino también en cuanto es guía que guía al alma á las perfecciones de la unión de Dios; las cuales, como son cosas no sabidas humanamente, hase de caminar á ellas no sabiendo y divinamente ignorando; porque, hablando místicamente como aquí vamos hablando, estas cosas no se conocen ni entienden como ellas son cuando las van buscando, sino cuando las tienen halladas y ejercitadas; porque á este propósito dice el profeta Baruc de esta sabiduría divina: *Non est qui possit scire vias ejus, neque qui exquirat semitas ejus*; No hay quien pueda saber sus vias ni quien pueda pensar sus sendas. También el profeta real, de este camino del alma, dice de esta manera, hablando con Dios: *Illuxerunt corrusionestuae orbi terrae: commota est et contremuit terra: in mari via tua et semitae tuae in aquis multis: et vestigia tua non cognoscuntur*; Tus ilustraciones lucieron y alumbraron á la redondez de la tierra, conmovióse y tembló la tierra; en el mar está tu camino, y tus sendas en muchas

aguas, y tus pisadas no serán conocidas. Todo lo cual, hablando espiritualmente, se entiende al propósito que vamos diciendo; porque, alumbrar las ilustraciones de Dios á la redondez de la tierra, es la ilustración que hace esta divina contemplación en las potencias del alma, y conmoverse y temer la tierra, es la purgación penosa que en ella causa; y decir que el camino de Dios por donde el alma va á él es en el mar, y sus pisadas en muchas aguas, y que por eso no serán conocidas, es decir, que este camino de ir á Dios es tan secreto y oculto para el sentido del alma, como lo es para el del cuerpo el que se lleva por la mar, cuyas sendas y pisadas no se conocen; que esta propiedad tienen los pasos y pisadas que Dios va dando en las almas que quiere llevar á sí, haciéndolas grandes en la unión de su sabiduría, que no se conocen; por lo cual en el *Libro de Job* se dicen, encareciendo este negocio, estas palabras: *Nunquid nosti semitas nubium magnas et perfectas scientias*? ¿Por ventura has tú conocido las sendas de las nubes grandes ó las perfectas ciencias? Entendiendo por esto las vias y caminos por donde Dios va engrandeciendo á las almas y perfeccionándolas en su sabiduría, las cuales son aquí entendidas por las nubes. Queda pues que esta contemplación que va guiando al alma á Dios es sabiduría secreta.

CAPITULO XVIII.

Declárase cómo esta sabiduría secreta sea también escala.

Resta de ver lo segundo, conviene á saber, cómo esta sabiduría secreta sea también escala; acerca de lo cual es de saber que por muchas razones podemos llamar á esta secreta contemplación *escala*. Primeramente, porque, así como con la escala se sube y se escalan los bienes y tesoros que hay en las fortalezas, así también por esa secreta contemplación, sin saberse cómo, sube el alma á escalar, conocer y poseer los bienes y tesoros del cielo; lo cual da bien á entender el real profeta David cuando dice: *Beatus vir, cujus est auxilium abste: ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrimarum in loco quem posuit. Etenim benedictionem dabit legislator, ibunt de virtute in virtutem: videbitur Deus deorum in Sion*; Bienaventurado el que tiene tu favor y ayuda, porque en su corazón de este tal puso sus subidas en el valle de lágrimas en el lugar que puso; porque de esta manera el Señor de la ley dará bendición, y irán de virtud en virtud, como de grado en grado, y será visto el Dios de los dioses en Sion, el cual es los tesoros de la fortaleza de Sion, que es la bienaventuranza.

Podemos también llamarla *escala* porque, así como la escala esos mismos pasos que tiene para subir los tiene también para bajar, así también esta secreta contemplación, esas mismas comunicaciones que hace al alma, con que la levanta en Dios, la humilla en sí misma; porque las comunicaciones que verdaderamente son de Dios, está propiedad tienen, que de una vez humillan y levantan al alma; porque en este camino el bajar es subir, y el subir es bajar, que aquí el que se hu-

milla es ensalzado, y el que se ensalza es humillado: *Qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur*. Y demás que la virtud de la humildad es grandeza para ejercitar al alma en ella, suele Dios hacerla subir por esta escala para que baje, y hacerla bajar para que suba, porque así se cumple lo que dice el Sabio: *Antequam coneratur exaltatur cor hominis: et antequam glorificetur humiliatur*; Antes que el alma sea ensalzada es humillada, y antes que sea humillada es ensalzada. También, según esta propiedad de escala, echará bien de ver el alma que quisiere mirar en ello, dejado aparte lo espiritual que no siente, cuántos altos y bajos padece en este camino, y como tras la prosperidad que goza, luego se sigue alguna tempestad y trabajo; tanto, que parece que le dieron aquella bonanza para prevenirla y esforzarla para la presente penalidad, como también después de la miseria y tormenta se sigue abundancia y bonanza; de manera que le parece al alma que para hacerla aquella fiesta la pusieron primero en aquella vigilia. Y este es el ordinario estilo y ejercicio del estado de contemplación, que hasta llegar al estado quieto nunca permanece en un estado, sino todo es subir y bajar. La causa de esto es que, como el estado de perfección, que consiste en perfecto amor de Dios y desprecio de sí mismo, no puede estar sino con estas dos partes, que son, conocimiento de Dios y de sí mismo, y de necesidad ha de ser ejercitada el alma primero en lo uno y en lo otro, dándole ahora á gustar lo uno engrandeciéndola, y haciéndola también probar lo otro humillándola, hasta que, adquiridos los hábitos perfectos, cese ya el subir y bajar, habiendo ya llegado y unido con Dios, que está en el fin de esta escala, en quien la escala se arrima y estriba; porque esta escala de contemplación, que, como habemos dicho, se deriva de Dios, es figurada por aquella escala que vió durmiendo Jacob, por la cual subían y bajaban ángeles de Dios al hombre, y del hombre á Dios, el cual estaba estribando en el extremo de la escala: *Angelos quoque Dei ascendentes et descendentes per eam, et Dominum innixum scalae*. Todo lo cual dice la Escritura divina que pasaba de noche, y Jacob dormido, para dar á entender cuán secreto y diferente saber del hombre es este camino y subida para Dios; lo cual se ve bien, pues que ordinariamente lo que en él es de más provecho, que es irse perdiendo y aniquilando, tiene por peor, y lo que menos vale, que es hallar su consuelo y gusto, en que ordinariamente antes pierde que gana, eso lo tiene por mejor.

Pero hablando ahora algo más sustancial y propiamente de esta escala de contemplación secreta, diremos que la principal propiedad por que aquí se llama *escala* es, porque la contemplación es ciencia de amor, la cual es noticia infusa de Dios amorosa, y que juntamente va ilustrando y enamorando al alma hasta subirla de grado en grado á Dios, su criador; porque solo el amor es el que une y junta al alma con Dios. De donde, para que más claro se vea, iremos aquí apuntando los grados de esta divina escala, diciendo con brevedad

las señales y efectos de cada uno, para que por allí pueda conjeturar el alma en cuál de ellos está, y así los distinguiremos por sus efectos, como hace san Bernardo y santo Tomás; y porque conocerlos en sí (por cuanto esta escala de amor es tan secreta, que solo Dios es el que la mide y pondera) no es posible por vía natural.

CAPITULO XIX.

Comienza á explicar los diez grados de la escala mística de amor divino, según san Bernardo y santo Tomás. Pónense los cinco primeros.

Decimos pues que los grados de esta escala de amor, por donde el alma de uno en otro va subiendo á Dios, son diez. El primer grado de amor hace enfermar al alma provechosamente. En este grado de amor habla la Esposa cuando dice: *Adjuro vos filiae Hierusalem, si inveneritis dilectum meum, ut renunciatis ei, quia amore langueo*; Conjuróos, hijas de Jerusalén, que si encontráredes á mi Amado, le digáis que estoy enferma de amor. Pero esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, porque en ella desfallece el alma al pecado y á todas las cosas que no son Dios, por el mismo Dios; como David testifica, diciendo: *Defecit Spiritus meus*; Desfalleció mi alma; esto es, acerca de todas las cosas á tu salud, como dice en otro lugar: *Defecit in salutare tuum anima mea*. Porque, así como el enfermo pierde el apetito y gusto de todos los manjares y muda el color primero, así también en este grado de amor pierde el alma el gusto y apetito de todas las cosas y muda, como amante, el color. Esta enfermedad no cae en ella el alma si de arriba no le envían el exceso del calor, que es aquí la mística calentura, según se da á entender por este verso de David, que dice: *Pluviam voluntariam segregabis, Deus, haereditati tuae: et infirmata est: tu verò perfecisti eam*. Esta enfermedad y desfallecimiento de todas las cosas, que es el principio y primer grado para ir á Dios, bien le habemos dado á entender arriba cuando dijimos la aniquilación en que se ve el alma cuando comienza á entrar en esta escala de purgación contemplativa, cuando en ninguna cosa puede hallar arrimo, gusto ni consuelo ni asiento. Por lo cual, de este grado luego va comenzando á subir á los demás.

El segundo grado hace al alma buscar sin cesar á Dios. De donde, cuando la Esposa dice que, buscándole de noche en su lecho (en que, según el primer grado de amor, estaba desfallecida, y no le halló, dijo: *Surgam, et quaeram quem diligit anima mea*; Levantarme he, y buscaré al que ama mi alma. Lo cual, como decimos, el alma hace sin cesar, como lo aconseja David, diciendo: *Quaerite Dominum...quaerite faciem ejus semper*; Buscad siempre la cara de Dios, y buscándole en todas las cosas, en ninguna reparad hasta hallarle. Como la Esposa, que en preguntando por él á las guardas, luego pasó y las dejó. Y María Magdalena ni aun en los ángeles del sepulcro reparó. Aquí en este grado tan solícita anda el alma, que en todas las cosas busca al